

Bolivia: Del sueño de la infancia a la pesadilla de las calles

Por Cesar M. Siles Sandy

Las infantes de la calle se debaten diariamente entre la vida y la muerte. En un mundo donde no existe la tolerancia ni el respeto por la dignidad.

Viviendo en los "torrantes", sobreviven "macheteando" (robando o pidiendo de limosna) y "haciendo pieza" (prostituyéndose). Niñas que son excluidas por la sociedad tan sólo por los prejuicios hacia su apariencia

Muchas cicatrices del rostro narran heridas del corazón, pero asusta escucharlas cuando, además, esa cara se ve hinchada por el alcohol o su cuerpo viste andrajos. Así luce la gente que vive en las calles: ancianos, adultos, jóvenes y niños a quienes éstas robaron la infancia y que, ahora, tienen un alma tan vieja que es capaz de desgarrar sentimientos con sus historias. En este reportaje, varias niñas, con la cara envejecida por este tipo de "cicatrices", relatan sus vidas para que no se las juzgue sin antes calmarles el silencio obligado. Son ejemplos palpables de la triste realidad que atraviesan más de cien millones de niños (as) que se batan con la muerte en las calles del orbe.

La calle, mejor que la pobreza y el abuso

En Latinoamérica, en los últimos 20 años, el neoliberalismo ha condenado a convivir con la pobreza y la muerte a tantos niños como ningún otro mal y/o modelo económico-político en el mundo (José Streinleger El reino de Herodes). En Bolivia, a la par, este sistema consiguió que 313.529 niños (as) y adolescentes se inserten en el mercado de trabajo en condiciones lamentables (datos del Instituto Nacional de Estadística). Muchos de ellos empiezan de esta forma a olvidar el sueño de la infancia y a sobrevivir en la pesadilla de las calles.

No obstante, ésta no es la única causa, porque también hay otro modelo, el patriarcal, que expresado en la violencia de género se ha tornado en cómplice de miles de atrocidades y ha obligado a muchas niñas a escapar del verdugo que habita en sus hogares. "Yo me escapaba de mi casa y me iba al árbol a dormir para que mi padrastro no me abuse. Pero, cuando los vecinos le han avisado a mi mamá, ella me ha pegado y me ha dicho que era mi culpa, porque yo le había coqueteado a mi padrastro, y me ha dicho que me callara porque, si no, me iba a cortar la lengua. Yo de miedo me he callado hasta que un día me he escapado de mi casa". (Testimonio extraído de Identidades tatuadas de Susana Aillón).

Investigaciones sociales señalan que una de cada cuatro infantes en el país es víctima de abuso sexual antes de cumplir los 18 años; sin embargo, muchas adolescentes, como la del testimonio anterior, jamás se animan a denunciar al violador, que incluso puede llegar a ser su propio padre; y resulta paradójico que cuando algunas lo hacen nadie les cree y, por si fuera poco, aparte son amenazadas y golpeadas por su progenitora. Más aún,

siendo demostrada la relación sexual forzada, los familiares de la víctima transan con el agresor. Un ambiente de complicidad flagrante que tiende a institucionalizarse en los juzgados donde, en repetidas oportunidades, las autoridades aceptan los argumentos descarados de los violadores, como aquellos de "borracho estaba y no me acuerdo", o que ellas les provocaron, o que les dieron algo a cambio, o que la relación fue consensuada, o que las niñas ya tuvieron anteriormente otras experiencias sexuales.

Rompiendo silencios, documento producido por la Coordinadora de la Mujer y UNIFEM, contiene atestaciones que demuestran esta vergonzosa situación. "Tuve relaciones sexuales con ella (su hija) en mi propio domicilio. Ella había sabido tener relaciones con otras personas. Quise avisarle a mi esposa y ella me rogó que no lo hiciera. Además, no estaba segura de si el hijo era para mí o para otra persona" (Corte Suprema). El acuerdo al que arriban los parientes es evidente en las declaraciones judiciales que manejan la investigación enunciadas: "Sucede, señor Juez, que mi persona realizó una denuncia sobre la violación de mi hermana (...) que había sufrido por parte de mi cuñado (...) por tratarse de un pariente mío muy cercano (...) presento desistimiento de toda acción legal conforme al art. 17 del C.P.P. (Código de Procedimiento Penal)" (juzgado de Copacabana).

El último párrafo confirma que las relaciones familiares y los arreglos económicos están muy por encima de la honorabilidad de la niña agredida. Incluso el artículo 14 del nuevo Código de Procedimiento Penal contempla sanciones económicas por resarcimiento de daños en función de las posibilidades reales que tiene el agresor frente a las expectativas económicas de la familia de la víctima. Y cuando en el caso están involucradas infantes de familias pobres, estos arreglos son privados, sin que intervengan juzgados ni abogados, mucho menos la opinión de la agredida, a la que sólo le queda elegir entre la calle o el suplicio de vivir con su verdugo. El desenlace suele ser tristemente obvio: una niña más en la calle. "Salí de mi casa a los doce años. Mi mamá vendía en el mercado y mi padrastro nunca estaba. De mi hermano me he escapado, él me violaba. Mi mamá sabía y nunca le ha dicho nada a nadie".

La niñez extraviada en los "torrantes"

"La gente nos mira otra clase, nos juzgan de putas... cleferas, quieren que seamos como las otras chicas, pero nosotras hemos vivido otras cosas, por eso somos así y no entienden eso". Cuando escapan de sus casas, muchas niñas caen del fuego a las brasas, pues ninguna se imagina el significado que el machismo le brinda al cuerpo de la mujer "de la calle". "Es bien feo saber que lo que todos quieren es manosearte. A una mujer de la calle lo que más le piden todos es sexo".

Así, las infantes aprenden que tienen pocas opciones para sobrevivir en la calle. Dejan las ropas femeninas, la sumisión, el silencio y la fragilidad y se tornan agresivas, ruidosas al hablar, de movimientos sueltos y seguros; entonces, descubren cómo defenderse de los muchachos. "Yo me doy cuenta

biencito cómo son los hombres, porque muchas veces yo igualito pienso y hago. Es que viviendo con ellos y en la calle eso también aprendemos". También, la solidaridad entre ellas es otro mecanismo de defensa. Es que en la calle cada mujer necesita de las otras para sobrevivir, empero, esto no es tolerado por el orden patriarcal imperante. "Cuando vamos a bailar, entre nosotras nos cuidamos. A veces una cae, ellos se la llevan adentro, grave le hacen, no sólo la violan sino la pegan, le rompen su ropa... por eso, cuando nos cuidamos entre nosotras, ellos nos gritan 'cuida culos'".

Está claro que una vez dentro del mundo de la calle ya no hay retorno a la niñez. La única opción es sobrevivir, por lo que la primera tarea en ese afán es el de forjarse un techo. En La Paz, las "casas" de estos grupos de adolescentes olvidados pueden ser vistas en la gruta de Lourdes, en las avenidas Periférica y del Poeta, en el Cementerio General, en Cotahuma... son construcciones de cartón y nylon que pueden ubicarse debajo de los puentes o en los embovedados, para contar con una aparente protección contra las inclemencias del tiempo. Estos sitios son llamados "torrantes", donde, a veces, viven más de 30 chiquillos.

El siguiente objetivo para la supervivencia, y el más difícil, es quitarse el hambre. Para cumplir éste, las niñas "machetean" (piden limosna o comida). Y en la noche, cuando el frío y la clefa surten efecto, salen a "ganar", o sea, se convierten en delincuentes, "cumbrosos", "lanzeros" o "descuidistas", tareas reñidas con la ley en las que son, generalmente, atrapadas por la Policía, pues por su estado cuasi inconsciente muestran torpeza en su accionar y no pueden huir.

Algunas que ya tienen sus rostros "marcados" intimidan y asustan a la gente para que les regalen unos centavos. Y si las detienen los efectivos verde olivo no pasan más de una noche en celda, ya que sus delitos son considerados de bagatela. Pero, la sociedad exige un escarmiento para ellas y los policías son los llamados a aplicarlo, aunque, varias veces, de manera equivocada. "Cuando te detienen y te llevan a la Sucre (ex oficinas de la Policía Técnica Judicial), ellos te cortan la barriga y te dicen 'ahora vas a tener una señal'. No les importa si te mueres, ellos dicen que una chica de la calle no vale la pena".

Sobrevivir de la peor forma

Las infantes de la calle saben que la prostitución es una forma de supervivencia mal vista y deplorable; pero ello poco importa, porque como dice el dicho: "cuando el hambre aprieta, la vergüenza afloja". "No es fácil vivir en la calle, una tiene que aprender a 'ganar' o 'machetear', si no, tienes que hacer 'pieza (prostituirse)'".

En este mundo callejero, las niñas, además de afrontar al patriarcado y al machismo, son víctimas del dominio de clase (del rico sobre el pobre) y del dominio generacional (del adulto sobre la niña). De este último sobresale el proxenetismo guiado por mujeres mayores que explotan a las menores y, a

veces, les enseñan a “pildorear” a sus víctimas. “En la calle nadie me pegaba y podía defenderme, pero cuando empecé a hacer ‘pieza’ para sobrevivir conocí a una de las tías (proxeneta) que me conseguía clientes, ella empezó a explotarme”.

De acuerdo con la investigación *Identidades Tatuadas*, la relación permanente con la calle, sea por trabajo o por abandono, hace que las adolescentes vayan ingresando paulatinamente en la vida ilegal, donde para sobrevivir el 100 por ciento aprende a robar y a pedir limosna; de ese total, el 20 por ciento aprende, además, a prostituirse ocasionalmente.

Gracias por calmarnos el silencio e *Identidades tatuadas* de Susana Aillón son dos de las pocas aproximaciones bibliográficas sobre esta problemática a partir del enfoque de género. Lo que se describe en las páginas de ambos libros es alarmante y desgarrador. Por ejemplo, se determina que las niñas de la calle son “marcadas” por sus padres al golpearlas y abusar de ellas, o que las “marcan” sus parejas y/o violadores para demostrar su propiedad a otras personas, o que las hieren las mismas mujeres del grupo por rivalidad o por envidia; y, finalmente, que son ellas las que se automutilan para expresar la invalidación que sienten de sí mismas.

La sombría realidad de estas menores es esculpida en sus cuerpos, sobre la base de golpes y desgarros. ¿Debemos, entonces, juzgarlas por sus cicatrices? “He vivido en la calle desde que era niña, he salido del alcoholismo, pero aún estoy en las calles y necesito trabajo. Los chicos de la calle a veces tenemos marcas en la cara y la gente no nos quiere contratar, sin trabajo no nos queda más que volver al vicio”. Otro testimonio señala lo siguiente: “Lo peor que te puede pasar es que te corten tu cara porque nunca más puedes salir de la calle. La gente no te deja salir, es como si hubieran muerto todas las oportunidades para ti”.

¿Ahora se las ve cómo son? Cuando empecé a teclear este escrito me preguntaba cuánta gente lo terminaría de leer si desde las primeras líneas me mostraba a favor de quienes en muchos casos nos asustan, roban o las vemos maltratar a sus hijos. También tenía la duda de si lograría que las personas vieran a estas víctimas sin cicatrices y tal como son: NIÑAS. Me doy cuenta de que nunca lo sabré y que siempre habrán infantes de la calle y alguien que los ignore, los maltrate o les quite a sus hijos, pues muchos no saben y no entienden que ellas sólo reproducen lo que les hicieron vivir: una vida de horrores.

Este reportaje de investigación se realizó gracias al auspicio de la Fundación UNIR - BOLIVIA. Fondo Concursable de Periodismo de Investigación.

El calvario de ser mujer Se acostumbra ver a los niños de la calle como maleantes, inhaladores de clefa o alcohólicos. Cuando se los aprecia como niños, su condición causa lástima y su futuro asusta. Pero, no sólo son niños los que crecen en las calles, las niñas no son notadas sino hasta que se hacen adolescentes o jóvenes. Y para entonces, a muchas de ellas les

sucedieron mil atrocidades, simplemente por el hecho de ser mujeres. Algunas ya son madres y, por ello, la sociedad no sólo las juzga, sino también las sentencia. Cochabamba es un claro caso de esta actitud. En un operativo muy bien planificado, el 17 de febrero de 2005, la Policía y otras instituciones arrebataron a sus hijos a varios grupos de jóvenes alcohólicas y cleferas que vivían en parques y plazas de esa ciudad.

Se armó gran escándalo por el hecho. La directora de la Defensoría de la Niñez y Adolescencia de Cochabamba, Marcia Ustáriz, afirmó, mientras se realizaba este operativo, que no se podía admitir que los chiquillos vivan en esas condiciones porque no sólo ponían en riesgo su vida, sino su futuro. Finalmente, los grupos de cleferas quedaron en sus carpas de nylon más empobrecidas que nunca sin la compañía de sus vástagos, y se les recomendó adoptar la rehabilitación; mientras que a sus bebés, que en su mayoría no sobrepasaban los tres años de edad, se los llevaron a un orfanato para esperar nuevas familias. Esta situación se repite, pero con menos publicidad, en todo el país.

La condición para que las mujeres adolescentes de la calle recuperen a sus hijos es que se restablezcan y consigan trabajo. Sin embargo, la rehabilitación de éstas es muy difícil, y muchas instituciones no entienden ello, incluso es mucho más complicada que la de los varones. Por ejemplo, la clefa y el alcohol son usados por ellas no sólo para no sentir frío y hambre en las calles, sino también son empleados para olvidar sus problemas y el pasado que las hizo mujeres de la calle. Usan el “vuelo” —como suelen llamar al hecho de drogarse con clefa— para no recordar que su padre alcohólico intentó violarlas, o para dejar atrás los recuerdos de cuando sus hermanos mayores las acosaban, hecho que su madre nunca les creyó cuando se lo contaron.

Además, deben rehabilitarse de su historia en las calles, del recuerdo de su pareja que las marcó hiriéndolas en el cuerpo para mostrarle a otras personas que ellas son de su propiedad. O de su violador que se hizo su proxeneta y les cortó la cara cuando no le dio parte de los diez bolivianos que cobró por “hacer pieza” (prostituirse) con un borracho que terminó golpeándolas.

Por sus hijos, o por decisión personal, estas niñas deben encontrar trabajo. Pero, las cicatrices de su cuerpo, para la sociedad, son marcas que las delatan como callejeras, maleantes o prostitutas. Ésta es la forma en que se las juzga, pues se las considera el testimonio vivo de la pobreza que amenaza constantemente a la gente.

¿Cómo esperar que ellas consigan trabajo si se las juzga de esta forma? Con lo poco bueno que han aprendido en las calles o en las pocas instituciones para niñas de la calle ¿qué futuro les puede esperar? ¿Cómo van a recuperar a sus hijos e hijas si la única forma de supervivencia que han aprendido es robar o vender empanadas en las calles? Con las niñas de la calle se abre

una nueva forma de feminicidio que implica la muerte social por el sólo hecho de ser mujer y haber nacido pobre.